

BELLAS ARTES

Legado Espiritual de España



Por DON FABIÁN DE LA ROSA



RECUERDO haber oído expresar a algunos americanos, bien que que contadísimos, que los nativos de este Archipiélago comenzaron a gozar de las primicias y ventajas de la civi-

lización, y a aprovecharse de los frutos del progreso, solamente desde la implantación del régimen americano en el país. Si dejando aparte ciertas consideraciones, esta opinión tuviera sello de verdad, qué mas quisiéramos los filipinos! Sería el caso más raro, más admirable, de fulminea rapidez, en la ya larga historia del progreso universal. Pero desafortunadamente para estos trapacistas de hueso cacúmen, la Naturaleza misma, en su elocuente mudéz, se encarga de deshacer semejantes patrañas, advirtiéndolo a sus despreocupados autores que ella nunca procede por saltos, y que por lo tanto, los que piensan, siquiera ligeramente, que los hechos pueden ocurrir a gusto y elección de ellos, aún si contrariasen las leyes naturales, o son unos ignorantes, o unos solemnes embusteros. Por lo demás, semejantes puerilidades, que otra cosa no pueden significar tales prejuicios, no deben merecer ni la más ligera consideración de ninguna persona siquiera medianamente ilustrada. Pero me consta, por otro lado, que no faltan filipinos que también sostiene la misma o parecida opinión. Esto ya es distinto. A tales compatriotas no veo otro remedio que clasificarlos entre cierta especie de bichos que, según la historia natural, se alimentan y crecen con el jugo y sustancia de otros a quienes viven asídos, y los llama "parásitos". Pues, a esos filipinos bien les sentaría el calificativo de "parásitos intelectuales",

que, después de todo, resulta una frasecilla no exenta de elegancia y que no creo pueda disgustar a esos de nuestros compatriotas ridículamente yankizados.

Es verdaderamente lamentable que entre los filipinos, sobre todo los de la presente generación, abunden los que, consciente o inconscientemente se desviven por imitar ciertas maneras y costumbres de los americanos, sin parar mientes en si las mismas les favorecen o les ridiculizan. Lo mismo sucede en las cosas de carácter espiritual.

Naturalmente el resultado tiene que ser... lo que debe ser: que el que imita, no poseyendo la espontaneidad ni las cualidades idiosincrásicas del original, no logra ni logrará jamás convencernos de que sus actos son genuinamente suyos.

Y precisamente en el terreno sociológico es donde estas diferencias son muy difíciles de ocultarse; porque todo filipino, instruido y educado con más o menos eficiencia dentro del ambiente del país, quiero decir, en el hogar, en la escuela, en la universidad y en la sociedad filipina, quiera él o no lo quiera, llevará siempre en sí el sello, más o menos bien impreso, de su nativa idiosincrasia y su psicología racial. Por lo que, es sencillamente, una tontería pretender reproducir ciertas peculiaridades exclusivas del americano, que sólo la Naturaleza puede llevar a cabo...

Debido, pues, a este prurito de imitación, con frecuencia tropezamos con entes farraguistas y ridículos, que muy poco honor hacen a su país; pero que tampoco producen buena impresión en los otros a quienes se empeñan en remedar.

Entretanto, nuestro prácticos y avisados vecinos del imperio del Sol Naciente al acoger todo

lo bueno y útil que se produce en el extranjero, es únicamente para adaptarlo a sus necesidades, gustos y conveniencias, pero en forma tal que, todo lo adquirido de fuera queda después transformado en producto nacional, con el consiguiente "made in Japan", inconfundible, fuertemente típico, constituyendo esto uno de los poderosos resortes de su admirable expansión industrial que hoy está invadiendo todos los rincones del mundo, despertando los celos de las grandes naciones industriales de Europa, sobre todo de Alemania y Francia. Y hasta de la misma soberana del oro, Norte-América.

Pero dejando a un lado estas consideraciones de matiz social, voy a hablar someramente de un asunto, que no por ser muy viejo y conocido deja de ser interesante, en particular para los que se dedican a las cosas de nuestro país, con relación a nuestras antiguas relaciones con España.

Gobernó ésta el Archipiélago filipino por más de tres centurias, dejando en él profundas huellas de su civilización y su cultura en muchos ramos de la actividad humana. Sin duda que, al pretender civilizarnos, llevaba en su mente el propósito de elevarnos al mismo nivel de ella y otras naciones civilizadas; más, si nó lo consiguió del todo, fué, indudablemente, por no haber acertado en el método y en la selección de los medios y las personas encargadas de realizar su nobilísimo deseo. Por otra parte, España debido a esta deplorable circunstancia, nunca se había enterado exactamente del estado de cosas en Filipinas, durante su larga dominación en la misma, sino solamente después de la pérdida de su preciado florón oriental; es decir, cuando ya no había ningún remedio para rectificar la equivocación o el descuido.

Para los providencialistas, claro está, aquella catástrofe estaba prevista... Pero echémos un velo a lo pasado; olvidémos las sombrías páginas de nuestra pretérita historia, y discurramos un momento sobre los beneficios que España ha aportado, con sus faltas y todo, al pueblo de estas Islas.

Entre los preciosos legados de carácter espiritual que de España hemos recibido, tenemos el conocimiento y el cultivo del arte por los filipinos

que, sin ningún género de duda, hubo de influir eficazmente en el desarrollo de nuestras facultades intelectuales y sensoriales, capacitándonos para el goce inteligente de las bellezas y sublimidades, tanto de la Naturaleza como del Arte. Fué muy notable la preferencia y el interés con que el gobierno español atendió al desarrollo del cultivo del arte pictórico, más que otras manifestaciones artísticas, en Filipinas, que, para dicho objeto, hubo de fundar una Escuela de Dibujo y Pintura en la capital, de la que salieron más tarde buenos artistas nativos, alcanzando algunos fama internacional, que dió motivo a que Europa supiera, entonces, que en este extremo Oriente existía un país civilizado llamado Filipinas. La preferencia por este arte es de fácil explicación, con sólo recordar que la inmensa fama artística de España es debida, en gran parte, a sus pintores, considerados universalmente como de los primeros entre los mejores del mundo. Y verdaderamente, en cantidad, (no sé si decir también en calidad), los artistas del pincel en España superaron y aún continúan superando a los de los otros ramos del arte. Y si bien es verdad que parecido caso también ha ocurrido y ocurre en el extranjero allí, sin embargo, la proporción no es tan notable.

Como consecuencia de esta relativa abundancia de pintores españoles, tuvimos aquí durante la pasada dominación algunos buenos de ellos; pero ni un escultor, al menos que yo recuerde. Y a ellos se debe el despertar de nuestra sensibilidad artística.

En cuanto a la música, si bien el gobierno español no creó aquí ningún Conservatorio ni Escuela para desarrollar las aptitudes filarmónicas del filipino, no faltaron, sin embargo, algunos apreciables músicos españoles, quienes, comprendiendo que el país era terreno abonado para el cultivo de esta actividad artística, dieron lecciones privadas y dirigieron orquestas. Por su parte, algunas comunidades religiosas de la capital tenían sus respectivas organizaciones musicales, algunas excelentes, que se lucían en el coro de la iglesia durante la misa, o bien en el átrio de la misma por algún motivo religioso. Y así fué intensificándose incesantemente la afición del filipino a la música, que en la actualidad es el arte más extendido en todo el Archipiélago.

Llegaba a tal extremo, entonces, el entusiasmo del público por las audiciones musicales, que, a veces, como tuve ocasión de presenciar, cuando dos orquestas daban serenata en el átrio de una iglesia por alguna fiesta patronal u otro acontecimiento religioso, aquel público no hallando mejor medio de exteriorizar su exaltación filarmónica, acudía al siguiente: azuzaba el amor propio de los músicos de cada orquesta, ora ensalzando los méritos de la una, ora criticando las deficiencias de la otra, y viceversa; pero lo hacía en tal forma que excitando los nervios y la puntilliosidad de los pobres músicos, éstos, a lo mejor, llegábase a las manos haciendo uso de sus respectivos instrumentos a guisa de armas. Aquello venía a resaltar un campo de agramante, y solamente la presencia de la veterana conseguía restablecer la paz quebrantada... por el entusiasmo musical del populacho.

Pero no sólo en este plano de la actividad espiritual hemos obtenido grandes beneficios, durante nuestra convivencia con los españoles. En el campo de las ciencias, las letras y la filosofía, la semilla arrojada por ellos fué, en proporción a los medios, al ambiente y otros factores de entonces, fecunda en excelentes resultados, y para cuya confirmación sería más que bastante mencionar los nombres gloriosos de Anacleto del Rosario, León Ma. Guerrero, Epifanio de los Santos, el P. Burgos, Antonio Luna, Benedicto Luna, Rafael Palma, Fernando Ma. Guerrero, M. H. del Pilar y otros muchos que no mencionamos en gracia a la brevedad. De intento no citamos el nombre del más grande de los filipinos, Rizal, pues es tan intensa, universal y límpida la fulguración de este astro de nuestro cielo espiritual, que no necesita de lugares comunes para que se le recuerde.

Y al continuar hab'ando de España, no olvidemos que ella nos dió su propio idioma, instrumento que nos sirvió para beneficiarnos de los privilegios de la civilización y cultura occidentales. Por su medio, aprendimos en los libros lo que se pensaba y se hacía en todo el mundo culto, en los diversos campos de la humana actividad; por él, nos fué dado oír, comprender y apreciar, ya la conferencia de un científico o un literato, la peroración de un orador y el sermón de

un predicador, o ya la explicación de un profesor, la declamación de un poeta, y hasta las ocurrencias de algún *causeur*. En ese idioma, en fin, rotundo, claro y hermoso, el pueblo filipino, en un día memorable, expresó su sublime aspiración, gritando: ¡independencia!

Cuando por primera vez pisé tierra española, viniendo de Francia, experimenté una agradabilísima sensación. Era a principios de septiembre. El ambiente caliginoso, el polvo, el abandono en que se encontraban grandes extensiones de terreno, la escasez de habitantes, y el aspecto remiso y un sí es no es de simpleza de alguno que otro campesino que se quedaba parado al ver pasar el tren en que viajábamos, recordábanme muy mucho a Filipinas, y me parecía no encontrarme lejos de ella. Y a mas, al herir mis oídos el idioma cervantino la ilusión era más completa. En fin, me convencí después, que el lazo inmaterial que nos une a España, es indestructible, o, al menos, durará hasta que desaparezca de Filipinas el más ínfimo recuerdo de España...

Al llegar a este punto se me ocurren varias consideraciones.

Un pueblo, solamente puede vivir en un relativo estado de sanidad material y espiritual, si se cuida de conservar y mejorar todas sus típicas buenas cualidades y virtudes, conjuntamente con las cosas útiles y beneficiosas adquiridas de fuera. Y para esta difícilísima tarea, entiendo que lo primero que debe hacerse es la eliminación o corrección de nuestros más graves defectos, que los pequeños ya son mas fáciles de remediar. Pero si en vez de proceder de esta manera, dejamos que el mal o las dolencias nacionales continúen su obra destructora, aceptando, además, los productos nocivos que, envueltos en doradas y seductoras formas, nos vienen del exterior, aumentando así la fuerza corrosiva de nuestros males, el resultado no sería otro que nuestra decadencia.

Es posible, como algunos juzgan, que todos los elementos patógenos que hoy pululan en nuestro ambiente social no sean más que una señal de la transformación que está verificándose en nuestro pueblo, o sea, que éste ya va ascendiendo rápidamente por el camino del progreso que conduce a la perfección. Esta cuestión, para mí, sólo el tiempo puede resolver.

Deseamos, que duda cabe, formarnos como una nacionalidad con todas las prerrogativas de un pueblo libre, culto, fuerte y rico. Pues tengamos fe en nuestras propias virtudes, aceptémos todo lo bueno que venga tanto de América como de Europa, pero sin olvidarnos de los grandes beneficios que de España hemos recibido. Y, sobre todo, acordémonos siempre que fué ella la que nos trajo la luz del Cristianismo, al amparo del cual nuestra civilización fué desarrollándose hasta llegar a su estado actual, por el que se nos considera como uno de los pueblos mas cultos del mundo, y el único, de la raza oriental, que profesa la doctrina del Cristianismo en el Oriente.

Por esta razón, cuando los norte-americanos se posesionaron de nuestro Archipiélago, encontraron en el filipino, terreno ya abonado para hacer fructificar con facilidad las semillas del progreso, tanto en las ciencias, la industria y la agricultura, como en la política y el comercio. Puede decirse que la obra del nuevo dominador consistió solamente, en metodizar los conocimientos ya adquiridos anteriormente por los *filipinos*, e introducir el estudio de nuevas disciplinas tendentes a capaci-

tar al hombre a la explotación y el aprovechamiento de los elementos materiales que tanto abundan en nuestro suelo privilegiado. Esta labor desde luego, no estuvo libre de dificultades; pero estas hubieran sido máximas, si el Tío Sam nos hubiese hallado en estado primitivo.

Resumiendo. España plantó aquí el árbol de la civilización que, si careció de la robustez y fecundidad deseadas, fué mas bien porque el plantador no pudo disponer de medios adecuados a tal fin; pero a pesar de este defecto, España representa: la CAUSA.

Llegó después América, nación de profundo sentido práctico. Vió que el árbol era bueno y de magníficas promesas, bien que entonces era poco fecundo. No necesitó pensar mucho. Dispuso de todos los numerosos y poderosos elementos que llevaba para el caso, y... hétenos ahora rebosantes de frutos del bien y del mal, como aquel del árbol de que hace mención la Biblia

Ahora, en último término, a nosotros los filipinos nos toca el delicado y peligroso cometido de acertar en la elección.

España en Miniatura

ESO ES LO QUE SERA EL

Tom's Oriental Grill

el 25 del actual—Día Español

CENA ESPECIAL

NUMEROS ESPECIALES

y lo que es más despampanante aún—

BO DIDDILEY

EL MEJOR BAILARIN EXCENTRICO VISTO EN EL ORIENTE.